

CARTA VIGÉSIMA.

SUMARIO: Tercera cualidad de los cuerpos gloriosos: la agilidad.—En qué consiste.—Dicha que proporciona.—El mundo actual la desea con ardor.—Cuarta cualidad de los cuerpos gloriosos: la claridad.—Pruebas de la claridad de los cuerpos gloriosos.—¿De dónde provendrá?—Glorificación ó vida de todas las criaturas.—Pasajes de San Pablo.—Enseñanzas de Santo Tomás, San Jerónimo, San Agustín y otros Padres.—Luz é incorruptibilidad de las criaturas.

QUERIDO AMIGO:

Cuando el labrador escoge el trigo para sembrar, puede decirse á sí mismo con cierta tristeza: Dentro de poco, estos hermosos granos echados en la tierra se van á deshacer y pudrir. Pero la fe que le inspira, pues el sembrar es un acto de fe, le dicta esta respuesta: Dentro de poco, estos granos volverán á aparecer transformados en doradas espigas, que serán mi alegría y mi riqueza. Y siembra con confianza.

Nosotros, querido amigo, somos el trigo de Dios: *Fruentum Christi sum*. Cuando

yo miro mi cuerpo, mis piés y mis manos, me digo tristemente: Mañana estos miembros, envueltos en tierra, serán pasto de gusanos, objeto de horror, áun para mis parientes más cercanos y más íntimos. Mas yo añado con indecible alegría: Pasado mañana, estos miembros, trasformados, serán hermosos con eterna y encantadora hermosura. De este pensamiento nace el deseo de habitar en la tierra de los vivientes. Este deseo, que tú también tienes, se hará más vivo cuando conozcas las demás cualidades de los cuerpos gloriosos.

La agilidad. En los cuerpos gloriosos la agilidad es consecuencia necesaria de la espiritualidad. El alma está unida al cuerpo, no solamente como principio vital, sino como principio motor. Bajo uno y otro aspecto el cuerpo glorificado le estará perfectamente sometido. El alma, como principio vital, le comunicará una cualidad especial: la sutileza; y como principio motor, la extrema facilidad de moverse, que se llama agilidad¹. En lugar de serle un peso, el cuerpo será para el alma lo que son para el pájaro las alas.

Poder trasladarse sin trabajo alguno, y en

¹ S. Thom., *Sup.*, q. 83, art. viii.

un instante imperceptible, de un lugar á otro, diste lo que distare, y regresar con igual prontitud al punto de partida, será deliciosa prerrogativa de los cuerpos gloriosos ¹.

He dicho *deliciosa*, porque entre todas las cualidades de los cuerpos, la agilidad es la que el mundo actual, obedeciendo á yo no sé qué instinto misterioso, parece buscar con mayor ardor. No quiere distancias; el peso de la materia lo aburre; á toda costa quiere verse libre de ella: pone en prensa el ingenio, y mil prodigios, á cuál más sorprendente, vienen á coronar sus esfuerzos.

El vapor le presta su fuerza incalculable, la electricidad su maravillosa rapidez, las montañas se aplanan delante de él, ó bien abren sus costados para darle paso, y en unas pocas horas recorre espacios inmensos. Aspira á dar vuelta al mundo con la rapidez del

¹ En el cielo, dice el Señor que seremos semejantes á los ángeles. Mas el angel, añade Santo Tomás, puede trasladarse de extremo á extremo del mundo *sine intervallo temporis intermedio*. Aquí bajo lo hace ya nuestra alma con el pensamiento. En un abrir y cerrar de ojos va de París á Constantinopla, y en otro vuelve. Si no va realmente, es porque el cuerpo se lo impide; obstáculo que desaparecerá en el cielo, donde el cuerpo será espiritual: *corpus spiritale*.

pensamiento; y los resultados que ha obtenido, y los que acaricia en su mente, le proporcionan increíbles goces. Y todo eso no son más que débiles imágenes de la rapidez con que el alma, libre de todo estorbo, nos transportará de cabo á cabo en la tierra de los vivos.

Lejos, pues, de tí, querido amigo, el pensamiento de que estaremos en el cielo como estatuas en sus nichos. Nada hay tan ágil como el espíritu: Dios es espíritu eminentemente. Unidos á Dios de la manera más íntima, participaremos de todos sus atributos. Así el movimiento y la agilidad que conocemos en el mundo, apenas son una sombra de la agilidad y el movimiento que reinará en la ciudad bienaventurada, donde Dios será todo en todos ¹.

La claridad. Depositado innoble el cuerpo, resucitará glorioso, es decir, *luminoso*. Este sentido da el Apóstol á la palabra *glorioso*, supuesto que compara la gloria de los cuerpos á la claridad de las estrellas ². Dios, que es la luz increada y la fuente de toda luz, aun de la material, iluminará (esto es poco), hará

¹ S. Thom., *Sup.*, q. 83, arts. II y III.

² I Cor., xv, 40.

luminoso todo lo que le está íntimamente unido.

«En la renovacion universal, dice Santo Tomás, todos los séres serán engrandecidos. Los espíritus inferiores, las almas, adquirirán las propiedades de los espíritus superiores, que son los ángeles. Así lo enseña el mismo Evangelio. *Los hombres, dice, serán semejantes á los ángeles.*

»Por igual razon, los cuerpos inferiores adquirirán las propiedades de los cuerpos superiores; y como no pueden tomar de éstos más que la claridad, se sigue necesariamente que serán luminosos. De esta manera todos los elementos serán como revestidos de un manto de luz, no por igual, sino cada cual segun su naturaleza»¹.

Esta luz no quitará á los cuerpos su propio color, y de esto tenemos la prueba á la vista. El cristal, por ejemplo, conserva diferentes colores, aunque penetrado íntimamente de la luz. Más todavía: hay en la naturaleza cuerpos opacos, que son luminosos, como la luna, la luciérnaga y otros varios.

Sobre lo cual, un ilustre doctor de la Iglesia hace esta reflexion: «Brillarán los justos

¹ *Sup.*, q. 91, art. iv.

como los astros del firmamento. Previendo el Señor la incredulidad de los hombres respecto de este milagro, dió un cuerpo luminoso á algunos gusanillos, para que el espectáculo de lo que vemos nos haga creer lo que esperamos. Con efecto, el que pudo dar el rayo podrá dar el foco; y el que hace luminoso á un insecto, podrá con más razon dar esta cualidad al hombre justo, á quien tanto ama»¹.

Añadamos que la luz de los cuerpos gloriosos les provendrá de la superabundante que tiene el alma glorificada. Señora absoluta del cuerpo, al que estará unida con la más íntima union, la penetrará de parte á parte, y la envolverá completamente con su luz. Esta atmósfera luminosa será tanto más brillante cuanto el alma sea más santa, esto es, más próxima á Dios, luz infinita. De este

¹ «Justi splendebunt ut sol, et tamquam luna, sicut et splendor firmamenti. Et prævicens istam hominum incredulitatem, Deus vermibus parvulis lucidum dedit corpus, ut ex eo splenderent, ut ex apparentibus crederetur id quod expectamus: qui enim partem potuit præstare, poterit et totum; et qui fecit ut vermibus lumine splenderet, multo magis hominem justum splendidum efficiet». (S. Cyril. Hierosol., *Catech.*, viii.)

modo, por la claridad del cuerpo se formará juicio de la gloria del alma, como á través del cristal se conoce el color del líquido contenido en el vaso ¹.

Impasible, agil, sutil, luminoso, ha de ser, no por espacio de un día ó de algunos años, que pasan rápidamente, sino por toda la eternidad, el cuerpo de los elegidos, el tuyo, el mío, si tenemos la dicha de contarnos en este número. ¡Oh hombres! ¡Amais tanto vuestro cuerpo, y no anhelaís el cielo!

De la glorificación del hombre en su alma y en su cuerpo resultará, como consecuencia necesaria, la glorificación de todos los elementos. La naturaleza física sigue la condición del hombre, que es su señor: fué magnífica mientras el hombre fué inocente; se degradó cuando el hombre se hizo culpable, y recobrará todo el esplendor de la hermosura cuando el hombre sea glorificado.

El cielo será la plena y eterna realización de este voto, que en nombre de toda la creación expresó San Pablo. «Toda criatura, dice el grande Apóstol, espera con impaciencia la manifestación de los hijos de Dios. Pues la creación está sometida á usos vanos, no

¹ S. Tom., *Sup.*, q. 85, art. 1.

voluntariamente, sino por voluntad de Aquel que así lo dispuso dándola esperanza de restaurarla; pues restaurada será de la servidumbre de la corrupción á la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Sabemos que todas las criaturas gimen al presente cual si tuvieran dolores de parto. Y no solo ellas, mas también nosotros, que tenemos las primicias del espíritu... y esperamos la adopción de hijos de Dios y la redención de nuestro cuerpo» ¹.

¿Qué significan, amigo mío, esos sufrimientos, esos suspiros, esas lágrimas de toda la naturaleza? Significan que para las criaturas materiales, igual que para el hombre, la creación no ha llegado á su fin. Significan que la vida presente, si no hubiera otra, sería una amarga ironía. Significan que la creación entera aspira, no á su destrucción, sino á su renovación, y que á su modo dirige á Dios, lo mismo que el hombre, esta petición del *Padre Nuestro: venga á nos el tu reino.*

Todo sér, dice Santo Tomás, repugna invenciblemente su destrucción. Por tanto, cuando las criaturas desean ardientemente el fin de este mundo, no desean su aniquila-

¹ Rom., VIII, 19-23.

miento, sino su libertad y renovacion. De aquí inferen lógicamente los doctores que las criaturas no serán destruídas, sino purificadas por el fuego del fin del mundo, al modo que el oro no se destruye al pasar por el crisol, sino que se purifica y abrillanta.

El razonamiento de los Padres y los teólogos se funda en las más sólidas razones, y tiene además en su apoyo la Escritura, la cual en ninguna parte deja entender que Dios haya de aniquilar ninguna de sus obras. Dice, por el contrario, que todas, sin excepcion, subsistirán *perpétuamente, eternamente, por los siglos de los siglos; que es una ley, y que esta ley no será jamas anulada ni violada* ¹.

Hablando en especial del destino reservado á los cielos y á la tierra en el día postrero, se expresa de este modo: «He aquí, he creado nuevos cielos y nueva tierra... Y ví el cielo nuevo y la nueva tierra» ². Sobre lo cual San Jerónimo hace esta observacion: «La Escri-

¹ «Didici quod omnia opera quæ fecit Deus, perseverant in perpetuum». (*Eccli.*, xiii, 14.)—«Statuit ea in æternum, et in sæculum sæculi: præceptum posuit et non præteribit». (*Psal.*, cxlvi, 6.)

² «Ecce enim ego creo cœlos novos et terram novam». (*Is.*, lxx, 17.)—«Et vidi cœlum novum et terram novam.» (*Apoc.*, xxi, 1.)

tura no dice *otros cielos, otra tierra*, sino *nuevos cielos y nueva tierra*, para significar el mejoramiento de los antiguos» ¹.

San Agustín es todavía más explícito. «El fuego que abrasará al mundo el último día, dice el gran doctor, cambiará las cualidades de los elementos corruptibles; y lo que era conveniente á nuestros cuerpos, sujetos á corrupcion, será reemplazado por otras cualidades, que les corresponderán trocados que sean en incorruptibles; de modo que el mundo, así renovado, se encontrará en armonía con la naturaleza de los cuerpos resucitados. Por mudanza pasará este mundo, mas no perecerá totalmente. Pasará la figura, no la naturaleza» ².

Lo mismo nos enseñan San Gregorio, San Epifanio, Proclo, Metodio, Ecumenio y Santo Tomás. «Cuando la Escritura, dice el último, habla de nuevos cielos y nueva tierra, no quiere decir que Dios los criará nuevos, sino que renovará los antiguos» ³. Y el primero:

¹ «Non dixit: alios cœlos et aliam terram videbimus, sed veteros et antiquos in melius commutatos». (In *Is.*, ubi supra.)

² *De civit. Dei*, lib. xx, caps. xvi y xix.

³ «Non alia condenda sunt, sed hæ ipsa renovanda.» (*Moral.*, lib. xvii, in *Job.*)—«Habitatio debet

«Al modo que nosotros hacemos pasar por el fuego los metales sin ánimo de destruirlos, así Dios abrasará el mundo, mas no lo destruirá» ¹.

La glorificación futura de toda la naturaleza es cierta; mas tú me preguntas en qué ha de consistir. Permíteme que te responda por la boca de uno de nuestros ilustres maestros. «La creación sufre cruelmente, dice San Crisóstomo, y espera con impaciencia los bienes que nos han sido prometidos... Por tí la naturaleza se hizo corruptible; mas no la hiciste perjuicio, pues por tí se hará de nuevo incorruptible. Será libertada, y participará de la hermosura de tu cuerpo.

»Al modo que hecho tú corruptible, también ella se corrompió; así, cuando te hayas tornado incorruptible, ella igualmente lo será. Como la nodriza de regio infante, cuando éste sube al trono, participa ella de su gloria y de su dicha, así pasará con la naturaleza» ².

La glorificación, pues, de la naturaleza

habitori congruere, sed mundus factus est ut sit habitatio hominis. Ergo debet homini congruere: Sed homo innovabitur; ergo similiter et mundus».
(S. Thom, *Suppl.*, q. 91, art. 1.)

¹ In II Petri, III.

² In Epist. ad Rom., Homil. XIV, n. 4.

consistirá en participar de la gloria del hombre y de su incorruptibilidad. En la tierra de los vivientes el cuerpo del hombre será luminoso, y la naturaleza será también luminosa. En efecto, los elementos del cuerpo del hombre serán luminosos; y como son tomados de los tres reinos de la naturaleza, el mineral, el vegetal y el animal, la condición del todo, á no incurrir en una anomalía que repugna, seguirá la condición de las partes, y toda la creación material se tornará luminosa. Así discurre Santo Tomás ¹.

Además, el mismo Dios nos ha revelado que la luna será como la luz del sol, y que la luz del sol será siete veces mayor que ahora ². Todo el firmamento será renovado como el sol y la luna, que son ahora su más noble porción; y eso no puede ser sino adquiriendo mayor claridad, que es en lo que consiste principalmente su belleza. La misma tierra y los demás elementos materiales participarán de la claridad del cielo. He aquí la razón:

«Así como existe un orden jerárquico, continúa Santo Tomás, entre los espíritus supe-

¹ *Suppl.*, q. 91, art. IV.

² «Erit lux lunæ sicut lux solis, et lux solis septupliciter». (Is., XXX, 26.)

riores y los inferiores, lo hay también entre los cuerpos celestes y los terrestres. Mas en la renovacion universal las almas humanas adquirirán las propiedades de los ángeles. Por la misma razon los cuerpos inferiores adquirirán las propiedades de los cuerpos superiores. Y como no pueden tomar de ellos más que la claridad, síguese necesariamente que serán luminosos.

»Además, la renovacion del mundo tendrá por fin el poner al hombre en estado de descubrir por medio de los sentidos en las criaturas corporales, los indicios manifiestos de la divinidad; y de todos nuestros sentidos, el más sutil y penetrante es la vista. Por consiguiente, cuanto á las cualidades *visivas*, cuyo principio es la luz, los cuerpos inferiores tienen que mejorar de condicion. De donde resulta que todos los elementos serán revestidos como de un manto de luz, no de igual brillo para todos, sino conforme á la naturaleza de cada cuerpo. Y así se dice que la tierra, hasta cierta profundidad, será trasparente como el vidrio, el agua como el cristal, el aire como el cielo, el fuego como las antorchas del firmamento» ¹.

¹ *Suppl.*, q. 91, art. iv.

De esta gloria indecible participarán las plantas, los árboles y todos los seres conservados por la sabiduría infinita para dicha del hombre. «Por esto, dice un sabio comentador, el río del Paraiso, los árboles y los frutos de que se habla en la Escritura, pueden tomarse á la letra. ¿Y por qué no? Si en el Paraiso terrenal gozó Adán de todos estos bienes, con más razon los bienaventurados podrán tenerlos en el Paraiso celestial, pues el primero no fué más que una muestra é imagen del segundo» ¹.

A estos razonamientos se agrega un hecho, cuya autenticidad no ha sido nunca desmentida. El año 304, en lo más recio de la persecucion de Diocleciano, una virgen cristiana, llamada Dorotea, fué llevada al tribunal de Saprício, gobernador de Cesaréa, de Capadocia. Era el 6 de Enero: hacía mucho frío y la tierra estaba cubierta de nieve.

Habiéndose negado á ofrecer incienso á los ídolos, la esposa del Señor fué puesta en el caballete. Tranquila en medio de los tormentos, dijo al juez: «Dáte prisa de hacer lo que deseas, para que los suplicios sean el camino que me lleve á mi Esposo. Yo le amo, y á tí

¹ Cornel. a Lap., in *Apoc.*, xxii, 2.

no te amo: antes deseo los tormentos; mi Esposo me llama. Por medio de estos sufrimientos, cortos y ligeros, vamos al Paraiso de las delicias, donde hay manzanas de maravillosa hermosura, rosas, azucenas y flores innumerables que nunca se marchitan, fuentes de agua viva que jamas se agotan, de todo lo cual gozan felizmente los Santos, llenos de alegría en Cristo».

Al oír esto, el asesor del juez, un literato, un Renan de entonces, llamado Teófilo, se dirige á la Santa y la dice en son de burla: «Envíame algunas de esas manzanas del jardín de tu Esposo cuando llegues allá». — «Lo haré», respondió la joven martir. (No olvides, amigo mío, que era lo más crudo del invierno.) El verdugo se apodera de la víctima y la corta la cabeza.

Teófilo se había retirado á su casa, y complaciéndose en su chiste, lo contaba á sus amigos, riéndose todos á carcajadas de los estúpidos cristianos.

De repente se le aparece un niño de sorprendente hermosura, que en los pliegues de su vestido llevaba tres magníficas manzanas y tres rosas incomparablemente hermosas y frescas. «Aquí tienes, le dijo á Teófilo, lo que la santa virgen Dorotea ha pro-

metido enviarte del Paraiso de su Esposo».

Teófilo, estupefacto, recibe en sus manos las rosas y las manzanas, y exclama: «¡Verdaderamente Cristo es Dios, y Dios que no engaña!»

Con hacer esta profesion de fe pronunció Teófilo su sentencia de muerte. Denunciado como cristiano, es aprisionado y conducido al suplicio; se trueca en el martir San Teófilo. Y como nunca un hombre se ha dejado cortar la cabeza por una apariencia simbólica, resulta que aquellas manzanas y rosas eran realmente rosas y manzanas ¹.

¿Cómo gozaremos de los nuevos cielos y la nueva tierra? Este será el asunto de mis dos últimas cartas.

Tu afectísimo...

¹ Véase á Baronio, año 304, n. 69.